

TAREAS DE LA TEOLOGÍA FRANCISCANA EN EL FUTURO

TASKS OF THE FRANCISCAN THEOLOGY IN THE FUTURE

Recibido: 01 de septiembre de 2010 - Revisado: noviembre de 2010 - Aceptado: marzo de 2011

Por: **Fray Fernando Uribe**¹

RESUMEN

En éste artículo se pretende presentar el concepto “Teología del Futuro”, en la medida en que los hombres que tratan sobre Dios saben captar los signos de su palabra esparcidos en el momento presente (semina verbi), los refieren a los datos de la Revelación y saben proyectarlos con toda su fuerza profética hacia las exigencias de los tiempos nuevos. Desde este punto de vista la teología no se reduce a una especie de “arqueología teológica”, dedicada a la narración de la reflexión teológica del pasado, sino que busca ofrecer respuestas a los interrogantes que se hace el hombre contemporáneo y lo acompaña en sus grandes desafíos. En este sentido “la teología del futuro” garantiza el futuro de la teología y en éste contexto la Propuesta Franciscana juega un papel preponderante.

Palabras Clave:

teología del futuro, franciscanismo, desafíos, hombre contemporáneo

ABSTRACT

This article aims at introducing the concept of “Theology in the Future.” As men who deal with God, know how to interpret the signs of his word, which are spread at the present moment (semina verbi), are referred to the data of Revelation and they know how to project them, with all their prophetic force based on the demands of the new times. From this point of view, theology does not reduce itself to a kind of “theological archeology,” devoted to the narration of the theological reflection of the past, but it attempts to offer answers to the questions being asked by the contemporary man and it accompanies him in his great challenges. In this sense, the “theology of the future” guarantees the future of theology, and in this context, the Franciscan Proposal plays an important role.

Key words:

Theology of the Future, Franciscan Thought, Challenges, Contemporary Man.

¹ Doctor en Teología. Universidad Pontificia de Roma (Italia). Profesor ferdures@hotmail.com

Introducción

“Transmitir las excelentes obras de los padres a la memoria de los hijos es hacer honor a aquellos y para con estos es dar señales de amor. En verdad, los que no han tenido la fortuna de conocerlos personalmente, al menos por la narración de su vida son exhortados al bien, movidos a lo mejor, cuando los padres aunque lejanos en el tiempo dan a sus hijos memorables testimonios”²

Así comienza Tomás de Celano la Parte segunda del “Memoriale in desiderio animae”, más conocido como la Vida Segunda de San Francisco.

En ésta frase de Celano, queda claro que la celebración de la memoria de los padres es una expresión de amor por parte de los hijos pero a su vez debe estimular a éstos a imitar las gestas y a adquirir compromisos hacia el futuro. En efecto, si se trata de un amor verdadero, no puede quedarse anclado en el pasado, sino que debe abrir perspectivas hacia el futuro, de modo que la memoria se haga viva y se prolongue a lo largo de la historia.

Considerar el valor y el significado de hombres como Carlos Balic' y las obras por él realizadas, constituye un desafío para nosotros en cuanto nos invita a construir el futuro, no necesariamente repitiendo los mismos esquemas, ni retomando su misma impostación teológica, hoy quizás superada en algunos aspectos, sino emulando su amor por la verdad, su decisión para contribuir a la construcción del Reino de Dios, su valentía para abrir el camino en medio de las dificultades y su fidelidad a los ideales franciscanos.

Ante la pregunta: ¿en qué consiste este desafío?, creo que para una institución como el Pontificio Ateneo Antonianum y en particular para su Facultad de teología, incluida la Cátedra de Estudios Mariológicos adjunta a la Pontificia Academia Mariana Internacional, en primer lugar comporta el contribuir a la reflexión teológica con perspectivas abiertas al futuro. Cuando hablo de “futuro” quiero ante todo advertir que no pretendo caer en la trampa de la retórica, tan abundante durante los últimos años. En este texto se hará referencia más bien a algo más específico y determinante y de una amplitud mayor que la simple sucesión de segundos, aparentemente mágica que indica el paso de una hora a otra, de un día al siguiente, de un año a otro.

Aunque el término “futuro” expresa una categoría inexistente, en cuanto se refiere a algo posible pero que todavía no es realidad, es lícito hablar de una “teología del futuro” en la medida en que los hombres que tratan sobre Dios saben captar los signos de su palabra esparcidos en el momento presente (semina verbi), los refieren a los datos de la Revelación y saben proyectarlos con toda su fuerza profética hacia las exigencias de los tiempos nuevos. Desde este punto de vista la teología no se reduce a una especie de “arqueología teológica”, dedicada a la narración de la reflexión teológica del pasado, sino que busca ofrecer respuestas a los interrogantes que se hace el hombre contemporáneo y lo acompaña en sus grandes desafíos. En este sentido la “teología del futuro” garantiza el futuro de la teología.

Pero no es posible hacer teología ex nihilo, prescindiendo del pasado o ignorándolo. Además del dato fundante de la Revelación, cualquier teología necesita, por lo menos como punto de referencia, los datos de la reflexión teológica precedente. Hacer teología con perspectiva de futuro necesariamente implica entrar en la tensión dialéctica entre la sabiduría de los tiempos precedentes y los desafíos de los tiempos nuevos.

La herencia franciscana.

En una institución académica como el Pontificio Ateneo Antonianum, la sabiduría del pasado tiene una característica enteramente particular, en cuanto implica el colocarse en la estela de los herederos de Francisco de Asís. Es una herencia que ya tiene ocho siglos de historia a lo largo de los cuales se han sucedido hombres de grandes dimensiones en el campo del saber y de la santidad. Bastaría pensar en el doctor Seráfico, San Buenaventura y en el Doctor Sutil, Beato Juan Duns Escoto, las dos lumbreras que guiaron el primer siglo de la reflexión franciscana y que fueron el punto de referencia de tantos otros hermanos que a lo largo de los siglos contribuyeron en forma eminente a la reflexión teológica de la Iglesia católica. Se trata de un pasado glorioso pero muy incómodo para nosotros en cuanto, como dice un autor moderno, “no es fácil ser dignos hijos de antepasados tan gloriosos”³. De todos estos pensadores y maestros se dice que constituyen la llamada “Escuela franciscana”, título creado en la primera mitad del siglo XX⁴ y que alcanzó a entrar en la Carta Apostólica Alma parens del Papa Pablo VI⁵, pero que prefiero no usar a causa de los problemas que comporta⁶ y que no es del caso mencionar aquí. En el campo específico de la teología ellos desarrollaron una reflexión teológica muy rica aunque no siempre unitaria, por lo cual no sería ni del todo exacto decir que han elaborado una “teología franciscana”.

Se trata de una distinción semántica no carente de razón, en cuanto la pluralista reflexión teológica hecha por los franciscanos a lo largo de la historia, no nos permite catalogarla íntegramente en una determinada escuela, sistema o corriente de pensamiento. Sin embargo a pesar de la diversidad en la reflexión teológica de los franciscanos a lo largo de los siglos, pueden señalarse algunos elementos comunes que en cierto sentido dan cuerpo a una tradición propia, a la cual en sentido amplio se podría dar el nombre de “teología franciscana”.

Tomándola dentro de estos límites, podemos adoptar la definición de un estudioso contemporáneo que dice que la teología franciscana “es una lectura y una confrontación con las problemáticas socio-económicas, espirituales, religiosas, etc., de un determinado contexto cultural, hechas desde dentro de la experiencia cristiana de fe vivida por aquellos que se consideran y proclaman seguidores de Francisco de Asís”⁷.

Así entendida no se la puede identificar exclusivamente con uno o algunos maestros del pasado ni siquiera se la puede confundir con una lista de tesis teológicas establecidas de una vez para siempre.

Características de la reflexión teológica franciscana:

A pesar de esto, se pueden señalar algunos elementos comunes que caracterizan de alguna manera el estilo y las preferencias temáticas de la reflexión teológica franciscana en la historia. Entre tales elementos me atrevería a indicar cinco que ofrecen un perfil bastante claro de nuestra tradición teológica y que considero de especial valor para todos los tiempos.

1. En primer lugar es una teología que se ha de considerar ante todo como una ciencia práctica, en cuanto no se reduce a un ejercicio racional ni al conocimiento en sí mismo, sino a hacer que la verdad revelada se convierta en un saber que se refleje en la forma de vida y en el servicio apostólico.

Esto quiere decir, por una parte, que se alimenta de la práctica de una forma de vida iluminada por la de Francisco de Asís, decantada según las exigencias del momento histórico, por otra parte, que no es una teología de escritorio, ausente de la vida concreta de cada día, sino una búsqueda que tiene en cuenta la cultura y el momento histórico en que se vive, que escucha los clamores y las aspiraciones del hombre contemporáneo al cual ofrece la contribución de su reflexión.

2. En segundo lugar es una teología en que la relación del hombre con Dios se funda esencialmente en la libertad y en el amor, inflamada en el “ardor seráfico”⁸ que distinguió a los grandes maestros franciscanos.

En este sentido la voluntad tiene un primado determinante que permea todas las dimensiones de la vida humana, sea en relación consigo mismo, con los demás, con lo creado y con el Creador. Este voluntarismo constituye precisamente una de las causas de la rica diversidad y del exuberante pluralismo del pensamiento franciscano a lo largo de los siglos, que impide encuadrarlo dentro de los parámetros de una determinada escuela.

3. Una tercera característica de la teología franciscana que se verifica ya desde sus primeras manifestaciones es el marcado cristo-coentrismo, en cuanto ha puesto el acento sobre el primado de Jesucristo y de su realeza universal en el designio divino de salvación. Jesucristo es considerado como el Summum Opus Dei, el Summum Bonum in entibus, para usar la terminología escotista, es el motivo supremo de la creación.

La teología franciscana destaca la grandeza de la condescendencia de Dios en Jesucristo para con los hombres y pone en ella el fundamento de la humildad y de la pobreza. Jesucristo es la máxima glorificación de la Trinidad y a su vez la realización paradigmática más perfecta posible del ideal del hombre.

4. Junto al Verbo Encarnado y en estrecha unión con él, la teología franciscana siempre ha dedicado una particular atención a la Bienaventurada Virgen María y a su peculiar papel en el plan divino de la salvación, particularmente en las dimensiones que son más cercanas a la condición del hombre viator.

No sin razón los dos últimos dogmas marianos, el de la Inmaculada Concepción y el de la Asunción, fueron en gran parte preparados y hechos posibles gracias al trabajo infatigable de los maestros franciscanos.

5. Un quinto elemento muy característico y que está atrayendo fuertemente la atención de los estudiosos en los últimos tiempos es la así llamada “utopía de la fraternidad universal y cósmica”, la cual afirma una relación íntima en términos de fraternidad entre los hombres de todas las razas, de todas las culturas y de todas las religiones (fraternidad universal), y entre el hombre y todas las criaturas (fraternidad cósmica), sea en el nivel de forma de vida, sea como concepción del ser humano y del universo.

Tal utopía se basa en la experiencia misma de Francisco de Asís y constituye hoy uno de los aspectos más típicos de su carisma y más atractivos para el hombre contemporáneo.

Estas características, unidas a tantas otras, deberían tenerse presentes hoy, pero no para contemplarlas como grandes intuiciones intocables y conquistas teológicas definitivas, y menos todavía como si fueran panaceas para toda clase de problemáticas teológicas en los tiempos venideros.

Una teología para poder llamarse franciscana, no debería ser considerada como un *factum* sino como un *faciendum*, es decir, como una realidad en continuo devenir⁹. Durante la primera mitad del siglo XX se hizo un meritorio trabajo de compilación y de sistematización de la teología franciscana desde el punto de vista histórico-crítico, y se hicieron esfuerzos para sintetizar en la que entonces fue llamada “Escuela franciscana”, las diversas expresiones históricas de la teología y de la filosofía desarrolladas por diversos maestros de la Orden minorítica (en estos casos sí “Escuela bonaventuriana”, “Escuela escotista”, etc.).

Propuesta franciscana y el mundo de hoy:

Creo que ha llegado el momento de dar un paso adelante, de ser más creativos, buscando ofrecer una respuesta adecuada a las exigencias del momento presente, inspirada ciertamente en los grandes principios del pasado. Pero tales principios deben mirarse desde una distancia crítica que permita despojarlos del revestimiento de condicionamientos socio-culturales en que nacieron y de identificar los valores permanentes, válidos también para el momento actual y para el futuro. Si se considera que la teología franciscana es una reflexión en continua tensión dialógica con la gran tradición vivida y teológica de la Orden franciscana pero siempre abierta y siempre en acto, si la miramos, pues, como una reflexión sobre una realidad en continua realización, entonces podemos decir que hay un futuro para la teología franciscana.

Sin la pretensión de compilar un manifiesto para la teología franciscana del futuro (no sería este el lugar para tal propósito), quisiera simplemente subrayar tres de los elementos característicos de la forma franciscana de hacer teología mencionados arriba, que juzgo de gran importancia para el momento actual y proponerlos como probables puntos de partida para un trabajo de reflexión, ciertamente no fácil, pero que en cierto modo recoge el desafío que nos lanza la conmemoración que estamos concluyendo.

En primer lugar, el carácter práctico de la teología franciscana. Esto significa que para nosotros la reflexión teológica hoy comporta el partir de la consideración de la situación actual y concreta, tanto de la nuestra a nivel personal y comunitario como de la del mundo que nos rodea. Tal realidad deberá necesariamente ser iluminada con el misterio del amor condescendiente de Dios para con nosotros en Cristo Jesús.

De aquí debe brotar la “sequela franciscana”, que consiste fundamentalmente en el abajamiento con Cristo y en Cristo a través de lo que en la moderna terminología franciscana se suele llamar la minoridad¹⁰. Conocer el pensamiento de Francisco de Asís y ponerse en las raíces de sus matrices espirituales debe ser siempre uno de los puntos de referencia y de verificación en el proceso de actualización de la teología franciscana, pero no solo; es

indispensable también aprender de los grandes maestros que, como Buenaventura, supieron hacer la simbiosis entre el vivir y el pensar las realidades divinas, como él mismo lo enseña en un texto del *Itinerarium mentis in deum* citado por la *Optatam totius*, al cual no quisiera renunciar dada su belleza:

*“(Nadie) crea que basta la lectura sin la unción, la especulación sin la devoción, la búsqueda sin la maravilla, la prudencia sin la exultación, el consagrarse sin la piedad, la ciencia privada de la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio sin la gracia de Dios, el espejo sin la sabiduría inspirada por Dios”*¹¹. En otros términos, esto quiere decir que se necesita hacer una teología contemplativa, orante, existencial.¹²

Sin una práctica concreta iluminada por el seguimiento de Cristo a la manera de Francisco, al teólogo franciscano le faltan los estímulos verdaderos para poder desarrollar su tarea de reflexionar y sistematizar un pensamiento que no sea una simple arquitectura racional. Pero, privilegiar la dimensión práctica en el hacer teología no significa caer en un afectivismo descontrolado, ignorando la importancia de la dimensión analítica y especulativa como componente necesario de cualquier reflexión teológica. La actividad teológica debe saber poner en confrontación y en diálogo los grandes temas de su propio tiempo con las promesas del Evangelio, pero en conexión existencial con el pensamiento y la práctica de Francisco y de la familia Franciscana a lo largo de la historia, en un trabajo que sea al mismo tiempo de carácter hermenéutico y pastoral. De esta manera, se supera el peligro de reducir nuestras cátedras de teología a una faena meramente histórico-teológica.

En el fondo, una auténtica teología franciscana hoy no debería ser otra cosa que la elaboración teórica, es decir, la iluminación y la organización intelectual y racional de la doctrina con miras a la práctica. Es hacer que, la vida, según el evangelio, corresponda una teología de la Palabra, o mejor todavía, un traducir y desarrollar en el plano doctrinal la *forma vitae* de Francisco y de sus hermanos en el contexto socio-cultural en que se mueve, piensa y trabaja el franciscano de hoy.¹³

Esto significa el retorno del predominio de la *ortopraxis* sobre la *ortodoxia* que nos lleva a los momentos más fértiles de la reflexión teológica, también en la Familia Franciscana y nos recuerda que el cristianismo es una *forma vitae* antes de ser una *forma mentis*. De la experiencia comunitaria de los contenidos de la fe, la teología se siente estimulada a una reflexión crítica sobre sí misma y sobre algunos errores cometidos en el pasado.

En este sentido se expresaba recientemente el Cardenal Joseph Ratzinger en una entrevista sobre el futuro de la teología con las siguientes palabras, que creo importante transcribir por entero: Creo –decía el Prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe- que se puede demostrar cómo para todos los grandes teólogos es posible una nueva elaboración teológica, sólo si primero el elemento profético ha abierto una brecha

Mientras se proceda sólo en forma racional nunca acontecerá nada nuevo. Quizás se construirán sistemas siempre más precisos, pero la verdadera y propia brecha de donde puede surgir de nuevo, la gran teología no es producto del trabajo racional de la teología, sino de un impulso carismático y profético. Y es en este sentido, afirmo, -concluye el cardenal- que la profecía y la teología deben ir siempre al mismo paso. La teología, como ciencia teológica en sentido estricto, no es profética, pero puede llegar a ser realmente teología viva, sólo cuando

esté movida e iluminada por un impulso profético”¹⁴.

Un segundo elemento típico de la teología franciscana sobre el cual quisiera llamar la atención es su carácter destacadamente cristo-céntrico. Para comprender mejor las implicaciones de esta característica y las repercusiones que debería tener en la reflexión teológica del futuro, vale la pena recordar la definición que de Teología nos trae la *Summa Halensis* con estas palabras:

“La teología es una ciencia que trata sobre la esencia divina que nos fue revelada a través de Cristo para nuestra salvación”¹⁵.

Notamos que de las tres dimensiones –Dios, Cristo y el hombre- que en una elaboración teológica armónica y equilibrada conforman el dato global de la Revelación, la persona de Cristo tiene un papel importante para el teólogo en cuanto Revelador del Dios Trino y mediador entre el Creador y la criatura.

Esto no quita nada al carácter teocéntrico que de por sí ha tenido siempre la teología franciscana, en cuanto que es una reflexión que se hace desde Dios, en Dios y por Dios, como lo expresa Bueanventura en la parte final del Prólogo a su *Breviloquium*, en un texto que ya se volvió clásico.

*“Pero puesto que la teología es un discurso sobre Dios, y sobre el primer principio, dado que, en cuanto ciencia es doctrina profundísima, ella misma reconduce todas las cosas a Dios, principio primero y supremo; por esto en el dar razón de todas las cosas que están contenidas en este opúsculo o tratadillo, procuré tomarla del primer principio, para mostrar así que la verdad de la Sagrada Escritura viene de Dios, trata de Dios, es según Dios, y es para Dios, a fin de que mercedamente ésta ciencia aparezca como única, ordenada y no inmercedamente llamada teología”*¹⁶.

Esto significa que para este gran maestro de la teología franciscana, la perspectiva de Dios es la que debe predominar en la reflexión teológica, pero no significa ignorar las demás; antes bien, también el hombre y el cosmos deben entrar en tal perspectiva. Como dice un estudioso que recientemente se ocupó de esta temática, “la teología franciscana, fiel a su propia identidad, deberá señalar el sentido último de la vida humana en la glorificación de Dios, pero al mismo tiempo debe escuchar las preguntas del humanismo que, desde una lectura teológica del hecho, puede también ser escuchado como una resonancia de la voz de Dios”¹⁷.

Si por una parte la reflexión teológica contemporánea debe dar nueva vida a la dimensión teocéntrica y latréutica del mensaje, por otra no es menos prioritaria la tarea de contribuir con una nueva luz a que el hombre encuentre el verdadero sentido de su existencia, su puesto en el cosmos y su misión en el mundo y en la historia.

En una época como la nuestra, en que el predominio del antropocentrismo parece estar llegando al punto del agotamiento trastornado por el tecnicismo más sofisticado e invasor de la cultura post-moderna y que está contribuyendo a la desviación de la reflexión teológica contemporánea, el retorno a un sano teocentrismo en Cristo podría proyectar una nueva luz y dar un nuevo aire fresco a una Orden como la Franciscana que parece haber perdido su propia identidad, y a un mundo enceguecido por tantas luces artificiales como las que le ofrece la sociedad del bienestar.

A este propósito la reflexión teológica del futuro debería sacar provecho de tantas intuiciones y conclusiones válidas dejadas por la dirección antropocéntrica de la reflexión teológica durante gran parte del siglo XX, especialmente por cuanto se refiere a la problemática del hombre contemporáneo, sumergido en la corporeidad, en el dinamismo que conlleva su pertenencia a la *polis* y su responsabilidad de construirla, sometido, como está a las múltiples presiones de la vida social y económica. En esta forma se evita el peligro de caer en los vicios del espiritualismo idealista, interiorizante e individualista que caracterizó por tantos aspectos a la teología clásica ausente de las realidades intramundanas.

La dimensión humana que entra necesariamente en el contenido de la Revelación adquiere su verdadero significado a la luz de la otra dimensión fundamental de la misma: Jesucristo. Si el cristo-centrismo es una de las notas características de la teología franciscana, en él se debería encontrar la inspiración y el punto de partida de una reflexión que responda a las necesidades y a las expectativas del hombre contemporáneo, particularmente del nuevo leproso, del hombre pobre y crucificado que circula por las calles, que sigue siendo esclavo del consumismo y de las ideologías, o que sufre las consecuencias de una inadecuada distribución de los bienes materiales. Son situaciones que encontrarían una luz a través de la forma franciscana de comprender y de vivir el seguimiento de Jesucristo pobre y humilde y con la reflexión teológica sobre el anonadamiento de Dios, su condescendencia, su amor presente ayer, hoy y siempre en la persona de Cristo. Es una reflexión que, por otra parte, ha sido uno de los temas más atrayentes de la teología franciscana clásica. En efecto, para los grandes maestros franciscanos el hombre es siempre el centro del universo, el culmen de la creación, creado a imagen y semejanza de Dios, señor del mundo y portavoz de las criaturas ante el creador.

La reflexión franciscana ha cultivado siempre un concepto elevado sobre la dignidad humana, sobre el puesto del hombre en el cosmos, en la historia y ante Dios. El punto de referencia para la valoración teológica del hombre es su relación con Cristo, del cual es imagen. Retornar a los criterios que la inspiraron e inventar soluciones adecuadas a las exigencias actuales llevaría a los franciscanos a su propio centro, a su propia finalidad específica.¹⁸

Finalmente me parece importante hacer por lo menos una mención del papel que debería tener hoy en nuestra reflexión el tema de la fraternidad universal y cósmica. Aunque esta característica no fue una de las notas más desarrolladas por los primeros maestros de la teología franciscana, creo sin embargo que sigue siendo válida como uno de los más urgentes desafíos que tenemos ante el futuro inmediato. Entre las grandes aspiraciones de la humanidad actual, trastornada en el acelerado proceso de la globalización y siempre más movida al diálogo con el cosmos, la fraternidad universal ocupa uno de los primeros puestos. En este campo la teología franciscana debería sentirse fuertemente interpelada, dado que indudablemente tendría para ofrecer una contribución de primer orden.

Su propuesta de fraternidad universal está guiada fundamentalmente por la gratuidad y la liberalidad y excluye en absoluto el interés personal y la utilidad egoísta. Se trata de una utopía que encuentra su razón de ser en el amor, elemento que, más que ninguna otra forma teológica cristiana, está en el centro y en los parámetros fundamentales de la reflexión teológica franciscana.¹⁹

Más que un sentimiento poético o una aspiración romántica, la fraternidad universal conlleva hoy en primer lugar un compromiso determinado y determinante en el campo del ecumenismo, también de la perspectiva mariológica y un sano espíritu de diálogo con todos

los hombres de todas las religiones, de todas las culturas y de todas las razas. Comporta también una seria responsabilidad frente al cuidado y la preocupación por la naturaleza, al equilibrio ecológico, a las relaciones armónicas entre hombre y naturaleza, a un justo aprovechamiento de los bienes de la creación, a la justa distribución de los bienes.

La utopía franciscana de la fraternidad universal parte de un profundo sentido de libertad interior, de un grande respeto hacia el “hermano” hombre y hacia todas las criaturas, consideradas “hermanas” según el lenguaje de Francisco de Asís, y de la convicción de que Dios es el Padre y el Altísimo, omnipotente y buen Señor de todos y de todo. Se trata de una visión celebrativa de la vida, de la creación y de la misma historia con un sentido de respeto y de desapego interior, en el espíritu del gozo y de la perfecta alegría.

La fraternidad universal tiene un particular reflejo en la construcción de la paz entre los hombres y entre todos los pueblos de la tierra. En este campo la reflexión franciscana podría dar también una específica contribución haciendo ver que la paz no es una simple conveniencia social ni el objetivo de una estrategia política sino algo más comprometedor y profundo, que se arraiga en el misterio de Dios y de la presencia de su espíritu en el corazón del hombre.

Los tres acentos precedentes no pretenden ser un programa completo ni una propuesta orgánica para el renacimiento de la teología franciscana; no pretenden otra cosa sino llamar la atención sobre algunos aspectos de una tarea mucho más amplia y comprometedora, a saber, la de retomar responsablemente la rica herencia franciscana que hemos recibido y proyectarla hacia el futuro con nuevas fuerzas, superando ciertamente cualquier visión estrecha de escuela y renunciando incluso a todo escolasticismo, de modo tal que la teología franciscana del futuro reconquiste su verdadera fisonomía, no de un sistema teológico propiamente tal, sino más bien, de un estilo de hacer teología cristiana, una línea original, un itinerario de fé y una orientación siempre nueva y renovada en la reflexión sobre los grandes contenidos de la fé.

Se trata, por lo demás de una tarea necesaria para toda la Familia franciscana, tarea estrechamente ligada a su supervivencia en el futuro y, sobre todo, en estrecha relación con su responsabilidad histórica. Sólo a la luz de una sólida reflexión teológica cualificada y específica, tal Familia podrá captar mejor y disfrutar de las múltiples riquezas que se esconden en su carisma específico y dilatar los horizontes de su espiritualidad en función de una evangelización al servicio de todos los hombres y de todas las culturas.

Referencia Bibliográfica

- Alejandro de Villamonte, (1987) “¿Es que necesitamos una teología franciscana?”, in *Estudios Franciscanos* 87.
- Alejandro de Villamonte. (1985) “Contribución de la teología franciscana a la teología del futuro”, en *Franciscanismo y Profecía*, a cura di E. Covi, Ed. Col. San Lorenzo da Brindisi, Roma.
- Giovanni Iammarrone, (1978) “Possibilità, senso e compiti di una 'Teologia francescana' in sé e per il momento attuale”, in *Miscellanea Francescana* 78.
- Justin LANG, (1975). “Gibt es heute eine franziskanische Theologie?”, en *Franziskanische Studien* 57 40.
- Niels Christian Hvidt, (1999) “Il problema della profezia cristiana”. Entrevista al Cardinale Joseph Ratzinger, in *30 Giorni* N. 1, 17.
- S. Bonaventura (1996) *Breviloquio*, Prol.6, in Id. *Opuscoli Teologici/2*, Trad. di M. Aprea, Città Nuova Editrice, Roma.
- S. Bonaventura, 1996 *Itinerarium mentis in Deum*, Prol., n. 4, in *Optatam Totius* 16 nota 32, *Enchiridion Vaticanum* t. 1, Documenti del Concilio Vaticano II, (Bologna)
- Tommaso da Celano, (1995). *Vita Secunda Sancti Francisci*, 26,1-2, in *Fontes Franciscani*, a cura di E. Menestò e S. Brufani, S. Maria degli Angeli – Assisi.

² TOMMASO DA CELANO, *Vita Secunda Sancti Francisci*, 26,1-2, in *Fontes Franciscani*, a cura di E. Menestò e S. Brufani, S. Maria degli Angeli – Assisi, 1995, 467.

³ Justin LANG, “Gibt es heute eine franziskanische Theologie?”, en *Franziskanische Studien* 57 (1975) 40.

⁴ No se debe confundir este intento reciente de unificar en una sola Escuela los diversos maestros franciscanos del pasado, con la “Escuela Escotista”, la “Escuela Bonaventuriana” u otras (?) de las cuales se hablaba ya en el siglo XVI.

⁵ Cf. *Acta Apostolicae Sedis*, 58 (1966) 611.

⁶ Tomo en este caso el término Escuela según una de las acepciones que, por extensión, tiene esta palabra en muchas de las lenguas modernas: “Conjunto de pensadores, escritores, científicos, etc., que siguen y desarrollan las teorías, los métodos, el estilo, el pensamiento, etc., de un maestro, o que siguen de todos modos un mismo método o línea; a veces, más en abstracto, la línea seguida, es decir, el conjunto de caracteres que informan y unifican la producciónn de un grupo de artistas, artesanos, poetas, pensadores, científicos, etc., o de una época o de una región...” (*Lessico Universale Italiano di lingua, lettere, arti, scienze e tecnica*. Roma t. XX 1978, 409).

⁷ Giovanni IAMMARRONE, “Possibilità, senso e compiti di una 'Teologia franciscana' in sé e per il momento attuale”, in *Miscellanea Franciscana* 78 (1978) 344-345.

⁸ Esta expresión, aplicada a Francisco por Buenaventura en la *Legenda Maior* (“angelicus deputatus officio incendioque seraphico totus ignitus”, Prol. 1,6) no sólo ha caracterizado al Poverello a lo largo de la historia (el seráfico Francisco), sino también a la reflexión teológica franciscana.

⁹ Cf. ALEJANDRO DE VILLAMONTE, “¿Es que necesitamos una teología franciscana?”, in *Estudios Franciscanos* 87 (1987) 683-718.

¹⁰ Cf. Josef LAUTER, “Franziskanische Theologie für unsere Zeit”, in *Wissenschaft und Weisheit* 33 (1970) 5; según este autor, sólo a partir del redescubrimiento de un seguimiento así entendido se puede llevar la teología franciscana a su núcleo central y a su fin.

¹¹ S. BONAVENTURA, *Itinerarium mentis in Deum*, Prol., n. 4, in *Optatam Totius* 16 nota 32, *Enchiridion Vaticanum* t. 1, Documenti del Concilio Vaticano II, (Bologna 1996), 845. Un texto no menos interesante es el de la Instrucción *Donum veritatis* n. 7, con el cual la Congregación para la doctrina de la fe, citando el comentario de Buenaventura al Prólogo del libro I de las Sentencias (q.2, ad 6), se refiere a la vocación del teólogo en estos términos: “La teología que obedece al impulso de la verdad que tiende a comunicarse, nace también del amor y de su dinamismo: en el acto de fe el hombre conoce la bondad de Dios y comienza a amarlo, pero el amor desea conocer siempre mejor a aquel a quien ama” (cf. *Enchiridion Vaticanum* t. 12 (Bologna 1992), 195-197).

¹² Cf. Josef LAUTER, “Franziskanische Theologie für unsere Zeit”, 1.

¹³ G. IAMMARRONE, “Possibilità, senso e compiti di una 'Teologia franciscana' in sé e per il momento attuale” (Posibilidad, sentido y tareas de una 'Teología franciscana' en sí y para el momento actual), 347.

¹⁴ Niels Christian HVIDT, “Il problema della profezia cristiana”. Entrevista al Cardinale Joseph Ratzinger, in *30 Giorni* N. 1, 17 (1999) 88.

¹⁵ “Theologia est scientia de substantia divina cognoscenda per Christum in opere reparationis” –La Teología es la ciencia del conocimiento de la esencia divina- (A. DE HALES, *Summa Theologica*, I, Introd. q. I, cap. III, resp. I, 6a. Cf. Ib. I, 13b; t. IV, Prolegomena CCII).

¹⁶ S. BONAVENTURA, Breviloquio, Prol.6, in Id. *Opuscoli Teologici/2*, Trad. di M. Aprea, Città Nuova Editrice, Roma 1996, 45.

¹⁷ ALEJANDRO DE VILLAMONTE, “¿Es que necesitamos una teología franciscana?”, 516.

¹⁸ Cf. Josef LAUTER, “Franziskanische Theologie für unsere Zeit”, 5.

¹⁹ ALEJANDRO DE VILLAMONTE, “Contribución de la teología franciscana a la teología del futuro”, en *Franciscanismo y Profecía*, a cura di E. Covi, Ed. Col. San Lorenzo da Brindisi, Roma 1985, 533.